

a

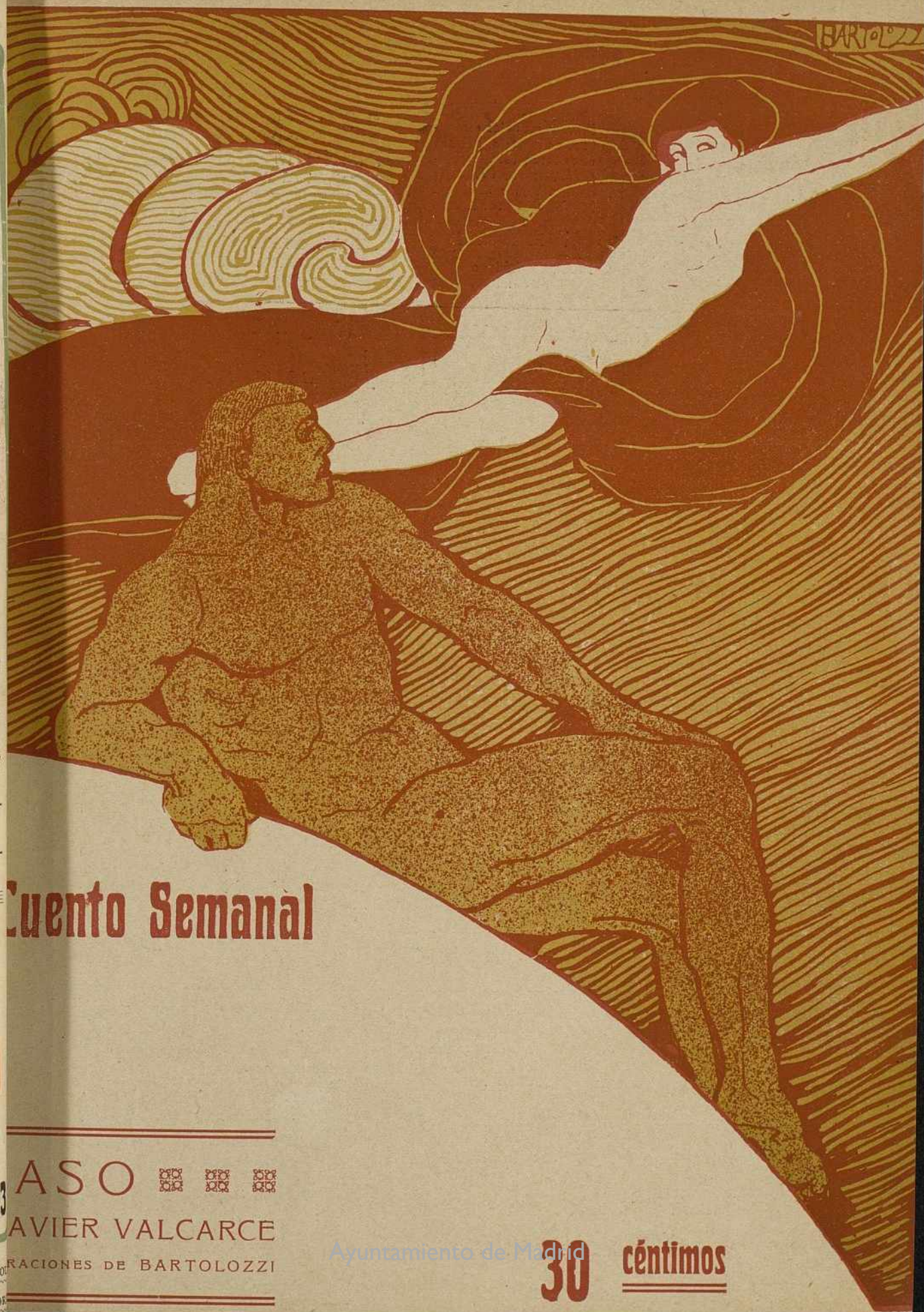
a fa-  
ande  
epto-  
ados  
apor  
apa-  
ernos

alla de  
eso In-  
iene y  
Exposi-  
Bruse-

ID

ón, 13

A ESPAÑOL  
O 7.—MADE



## Cuento Semanal

ASO



AVIER VALCARCE

RACIONES DE BARTOLOZZI

Ayuntamiento de Madrid

30

céntimos



## LA ECONÓMICA PELUQUERÍA DE SEÑORAS

Últimos modelos en pos-  
tizados de fantasía, pelucas  
de señora y caballero, bi-  
sonés, rayas, trenzas y  
moñas. Última novedad.  
Precios muy económicos

Ceráreo Castresana

Huertas, 4 (al lado  
de San Sebastián)

## UNA HERMOSA

y abundante cabellera se tendrá siempre usando  
el RON QUINA ABROTANO MACHO

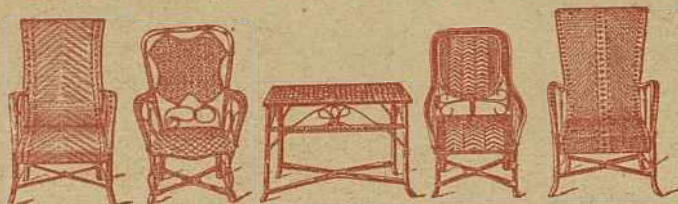
DEPÓSITO EN MADRID

PERFUMERÍA SALVANY  
7, FUENCARRAL, 7

## Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS PE PUN-  
TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA  
Precio fijo. CAPELLANES, 12. Precio fijo

## Gran fábrica de muebles de junco esmaltado



DE MAIANO V. GACÍA

CALLE DE VERGARA, NÚMERO 1

(frente al Real) MADRID

## PERFUMERÍA "IDEAL BOUQUET,"

Gran surtido en perfumería nacional y extranjera

ÚLTIMAS NOVEDADES

Especialidad en la fabricación de Aguas de Colonia.

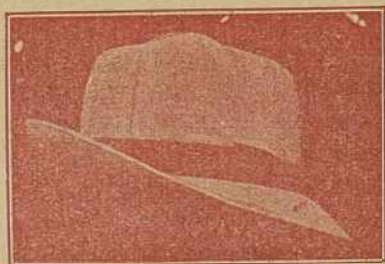
Tipos: Ambarada y Violeta, 6,50 ptas. litro; Azahar y  
Lilas, 5,50; Hierba luisa, 4 ptas; Odoria, 2,50

Pólvos de arroz FÉMINA, especiales para cutis  
delicados

CALLE DEL PRÍNCIPE, 3 - MADRID - CALLE DEL PRÍNCIPE, 3

FLEXIBLES NOVEDAD

## SOMBREROS DE PAJA



para caballeros, niños y niñas.  
No comprar sin ver antes las cla-  
ses, formas y precios de esta  
casa

Jipis desde 12,50 pts.

BRAVE □ 6, Montera, 6 □ BRAVE

GORRAS PARA VIAJE

# ACASO

*Para ti, quienquiera que seas,  
la que haya de ser...*

Corre el tren. Y van horas de un largo camino, dejadas atrás, por los andenes, en el abandono de los pobres relojes ferroviarios, que dicen a la soledad el andar del tiempo no gozado, inútiles como las aspas de los viejos molinos sin pan, que ruedan al viento... Pasaron los valles en flor donde Dios se hizo poeta; y los riscos del Sil, fuertes cual las rocas guardadoras de un tesoro de cuento y maravilla; y las tierras de llanura, secas, donde Dios fué agotado... Hendió el tren la noche, y por el espacio negro cayó la siembra extraña de su lumbre, como sobre un campo estéril; cantó al día, de amanecido, mientras la niebla madruguera deshacía la luz de sus farolas, de sus ventanas, tal que en el humear de un pábilo; se arrastró al sol; lanzó su cuerpo onduoso, de salamandra, entre el fuego de aquel día interminable. Y aún corre el tren, estridente, tableteante, con sonar de enorme rueda que hilase, al trasponer de curvas y marañas, las cintas sin fin de los rieles...

El marco de las ventanillas va encuadrando términos que al pronto figuran la visión de mil imaginados caprichos. Ya es ahora un ejército huyedor que se desbanda a lo lejos, en realidad compuesto sólo de bordeantes pinares cuyos troncos corren, tropezándose, por el opuesto andar del convoy; ya parece luego un mar dilatado y sereno en la distancia del cielo azul, que cercan nubes extendidas como arenales de orilla, donde una barca de ilusión está pronta a salir... Todo, en la rapidez del pasar, tiene un soñado encanto, cual si las cosas diarias y quietas cobrasen alas. Y acaso en las distintas, necesarias representaciones de la nueva poesía, no hiciera Perseo redivivo nacer mejor hipogrifo que éste del tren, a cuyos lomos, los sitios que no dan tiempo a verse con su vulgar verdad, se idealizan en los ojos y en la memoria. Que todo el secreto de Pegaso es correr siempre...

La tarde se extingue cadenciosa, como el son de una campana. La misma llanura prolongada

y sola tiene ya la paz de un eco que se difunde... Dentro, los cristales de las portezuelas bajan con estrépito, y por los huecos abiertos, asoman inquietas las gasas de los femeninos tocados, entre las cuales, unos revueltos cabellos rubios se deshilachan al aire, igual que los sagrados estandartes de oro en sus vitrinas de recuerdo... Un cantar pícaro sale de las zagueras ventanas, perdiéndose desmayado, y el tren lo acompaña con su castañeteo de émbolos y rodajes, en alegrador estribillo. Y anda, anda. En el cielo se fueron juntando uno tras otro los colores del día, como en paleta de impresionista, que, al fin, espera a encerrarse en la sombra de su caja... Y es entonces, por el vasto escenario del camino, cuando este paso de vida se representa, alzándose el telón que tapa el mundo con sólo el lienzo de un cuadro ó el papel de una cuartilla... Vedlo aquí.

PABLO, EUGENIO, UN VIAJERO

En un departamento de segunda, con pasillo al fondo

VIAJERO

*(Leyendo la guía, ensimismado.)* «Monforte, Bóveda, Rubián...» Pues tampoco es aquí.

PABLO

¿Lo qué?

VIAJERO

¿Eh?... La guía. ¿Ustedes han visto nada que haga perder el rumbo como una guía? Cuidado que he recorrido ya todas las líneas, y aún no sé dónde estamos.

PABLO

Llegando a León.

VIAJERO

—Sí, sí, pero no lo encuentro; es desesperante.  
Con su permiso...  
(*Sigue leyendo.*)

EUGENIO

Cada uno se entretiene á su modo.

PABLO

—Pero éste acaba por irse á otro lado, como si lo viera. Estos individuos, que todo se le vuelven precauciones, siempre se olvidan de fijarse en por qué las toman...

EUGENIO

—Siquiera, tú durmiendo y él desvelándose, distraéis el camino. Yo llevo diez horas viendo pasar los postes del telégrafo; un martirio. Parecen brazos devanando una madeja de pesadilla.

PABLO

—¡Hola! Tú, mientras, hiciste versos. No era para tanto. Si esta no fuese tu primera salida al mundo, diez horas corriendo pueblos hacia una gran ciudad, hacia la vida, te parecerían muy poca distancia para alejarte del tuyo.

EUGENIO

Del nuestro.

PABLO

—De los dos. Pero después de dejar aquello hace tiempo, como tú ahora, las horas sólo pueden espantar transcurridas en la plaza grande, al pie del reloj parroquial, donde los números de la esfera sí que son postes de un camino inacabable y desierto.

EUGENIO

Eso es de otro verso.

PABLO

Claro; es de otro aburrimiento...

VIAJERO

(*Súbitamente.*) ¡Anda! ¡Si este tren no va á Madrid!

EUGENIO

¿Que no!

VIAJERO

El de esta página. Es que me confundí en el itinerario.

EUGENIO

Me había alarmado usted.

PABLO

—A mí, no. Si dijera que íbamos bien, me daba un susto.

EUGENIO

—A este paso, mejor le resultaba ir á pie: se enteraba más, y puede que se cansase menos.

PABLO

Y lo que le falta.

EUGENIO

Lo que nos falta... Todo el día encajonados.

PABLO

—Cuestión de apreciaciones. Yo, de mí, sé decirte que nunca me encuentro más libre que cuando viajo, pasando tierras, viendo á cada momento un lugar nuevo, otros campos, otros aires... Entonces, aun me parece que las encajonadas son esas pobres muchachas que nos ven alejarnos desde los andenes con un minuto de parada y una vida de espera; ó los que, afanosos de mundo, oyen el silbido del tren en unos soportales provincianos. Y cuando el viaje me rinde ó el calor hace cerrar las ventanillas, pienso en los que todos los días se cansan en el mismo paseo y en las que todas las tardes sienten ponerse el sol en la misma ventana.

EUGENIO

Romántico, estás.

PABLO

—Es que viajo. Ahí tienes otro aspecto ferroviario bien interesante, el romanticismo. No hay nada más misterioso ni con más encanto aventurero que un día en el tren. Nunca se sabe lo que nos podrá suceder en él; qué peligros correremos; qué aventuras nos aguardan.

EUGENIO

¿Caballerescas?...

PABLO

—O no; á esta velocidad no se puede andar con muchos escrúpulos. Falta el tiempo.

EUGENIO

—Y los escrúpulos. Aquí, puedes decirlo; casi estamos solos.

PABLO

—Lo mismo da. Pero, créelo, la cantidad de reparos con que se anda, depende del plazo con que se cuenta. En tierra, y viviendo juntos, hay meses de sobra para disputar lo que es de buen parecer ir consiguiendo poco á poco... pero aquí, á sesenta kilómetros por hora, un amor, un pla-



Silba el tren. Y el tocado blanco de su humareda flota como un velo de viaje, saliendo de la máquina entre encendidos mechones rubios, hechos del fuego, que el viento atardecido despeina en hebras volanderas. A lo largo de

cer y un olvido no disponen más que de un día para todo.

EUGENIO

¿Uno para enamorarlas, para conseguir las y para dejarlas? Don Juan tuvo más conciencia que tú.

PABLO

Es que entonces se viajaba en carreta. Créelo, te digo, la conciencia no es más que un reloj.

EUGENIO

Te admiro, Pablo; eres un clínico.

PABLO

Y eso, ¿qué es?

EUGENIO

Nada; uno de tantos, que tiene el valor de su vulgaridad...

la tierra hidalga se divisan, cubriéndola, achaparrados olivares que semejan desde arriba madroños de una neta mantilla puesta sobre la castellana patria...

Más allá, un río cruza la llanura, solo y andariego, tal que extraviado por ella; y en el cristal muerto de sus aguas, donde nada se mira, pobre como espejo desazogado y sin marco, se quiebra la mole del tren, cuyo paso hace brotar, efímeras, las miosotis de unos azules ojos asomados que un instante recuerdan el encanto de otras márgenes de otros ríos... Luego, el caudal triste sigue, sigue. Cerca, hay un pueblo. Entre el montón gris, dos hileras de faroles señalan también el cauce solitario de alguna calle...

Pára el luengo convoy, zumbando bajo la cubierta de la marquesina, cual un enorme moscardón preso. Es un andén estrecho, que llenan las voces incansables de unas vendedoras de agua; y el chirrido de una vagoneta transportando equipajes; y la charla apresurada de unas familias que se despiden; y el pregón de un diario poblerino; y las risas chilladoras, amargas, que se esfuerzan en agitar las bocas como

los cascabeles rojos de un disfraz de alegría; y el decir rápido de unos madrigales á cada vuelta de ellas, desde las pasajeras ventanas; y el toque último, conventual, que vuelve al recogimiento la olvidada ciudad donde unos instantes se realizó el milagro de la vida... La noche ha ido arqueándose en un túnel, por cuyo fondo comienza á radiar la luna ese resplandor grato de los subterráneos orificios; y el tren, tornando á lanzar vibrante su aturajo, se precipita en la obscuridad con el desnudo de aquellos mancebos amadores, á quienes vendaban los ojos por ofrecerles el misterio de una furtiva aventura... En el departamento ha entrado una mujer.

Todo es fuera soledad y nada. Por el aire apagado, no más brilla ya la línea culebreante de los focos, como un rayo sin término, que fuese devastando la llanura... Dentro, y junto á tales dispuestas candilejas, sigue la representada verdad; comedia tramada ella misma, con los propios enredos de una devanadera loca, abandonada y casual. Y es así.

DICHOS, VIAJERA

VIAJERO

(*Leyendo la guía.*) «Sobradelo, Quereño, Toral de los Vados...» Pero, ¿dónde está León?

PABLO

Aquí, hombre, aquí. Véalo usted.

VIAJERO

(*Leyendo.*) «Veguellina, Villadangos, Quintana...» ¡Ah, León! Aquí lo tienen ustedes.

PABLO

Usted perdone; nosotros lo tenemos allí.

VIAJERO

Justo; «llegada, á las 20'32».

PABLO

No, señor, y cuarenta...

VIAJERO

Aquí lo dice.

PABLO

Pero allí se ve.

VIAJERO

¡Oh! Así se van á molestar ustedes mucho.

PABLO

Sí, es verdad...

VIAJERA

(*Sintiendo caer uno de los bultos que está colocando en la alambarrera.*) ¡Ay!... (A Eugenio, que acude.) No, no se moleste usted. No ha sido nada.

EUGENIO

Sin embargo, le ruego que me permita.

VIAJERA

Muchas gracias.

PABLO

(A Eugenio, después.) Es guapa, sola, y va en segunda... Las señas son mortales.

EUGENIO

¿Quién es?

PABLO

¡Oh! Si quieres conocerla bien, no le preguntes el nombre, que acaso ella tenga más confianza contigo si sabe que no has de poder nombrarla después...

EUGENIO

Pronto la juzgas.

PABLO

La velocidad hace, al pasar, iguales todas las cosas y todos los nombres. He aquí una ilusión óptica que debe conservarse sin entrar en más averiguaciones. ¡Para qué! Ella, esta noche, desconocida, innominada, suelta de esa palabra que es su fama y su sacrificio—Carmen, Luisa, Engracia...—, tiene los brazos libres, y á fe que no ha de guardarlos muy esquivos sabiendo que mañana, en su pueblo, han de volver á trabarse con la corrediza de su nombre... Cógelos; te los dejo.

EUGENIO

¿Tú?... ¡Pues ya he conseguido la mitad!

PABLO

La tercera parte; la otra es de ese. (*Señalando al viajero.*)

EUGENIO

Hombre, ya que dispones de ella, ¿por qué la repartes?

PABLO

Te diré. Los que hemos entrado algo en el corazón de las mujeres, sabemos que no nos quieren á nosotros, sino que se quieren ellas... ¿Comprendes, ingenuo amigo? Así, la que más se entrega por amor es la que más cuida de su propia satisfacción..., aunque, como las dos son perfectamente compatibles, suelen decir: soy tuya...

EUGENIO

Y bien...

PABLO

Que ante esta mujer, y ante todas, tú, ese y yo somos iguales, pues á cualquiera que se diese, ella no sería más que de sí misma. Por lo tanto, el que llegue antes, llevará la ventaja. Y ve por qué, retirándome yo, te cedo la tercera parte de ella.

EUGENIO

Verdaderamente, tu generosidad sólo puede compararse con tu malevolencia...

PABLO

Como debe ser. Pensar lo que algunos llaman malo, es encontrarlo lo más natural; y justificarlo de este modo, es el único de ser generoso... Pero no perdamos en palabras el tiempo que tú puedes hablar en besos. Anda... La noche es bella y propicia, poeta cándido. La luna, que tú llamas blanca y pudorosa, advierte la ocasión con su cabeza cana, de vieja encubridora... El mismo tren, que salva distancias y remilgos, te librárá después de esa, soltando la carcajada de su silbato. Hoy, la vida es tuya, pero tan rápidamente, que algún día te parecerá que no lo fué... Buenas noches, señor visionario. Yo voy á dormir; tú, sueña...

EUGENIO

Espera... ¿Y si no es quien supones?

PABLO

Perdona; no hay tiempo para discutirlo. El tren corre ahora más que nunca... Y, en todo caso, cuando los atrevimientos tienen su cierta oportunidad, es probado que la mujer castiga un abrazo, pero no perdona que no se lo den...

EUGENIO

Alambicado lo pones.

PABLO

Sutilezas de la psicología femenina. Pero es bien claro. Perder una ocasión con ellas, vale tanto como demostrarles que no la merecen; y tal ofensa es la única que seriamente lastima su dignidad de hembras, capaces de provocar siempre un arrebató y de disculparlo después con su tentación. ¡Oh! Son todas tan irresistiblemente hermosas... Si deseas halagarla, guíate por mí, dale un inmediato motivo para una buena bofetada: es la primera caricia...

EUGENIO

Y tú, ¿por qué no la buscas?

PABLO

Estoy harto de ellas.

EUGENIO

¿De caricias ó de...?

PABLO

Y de bofetadas, sí; por eso sé lo que valen. Además, tengo sueño, y no amo á la luna, esa buscona vieja que os vende flores á los poetas, y á los demás nos ofrece el amor de una noche... Haz lo que quieras.

EUGENIO

¿Y ese? *(Por el viajero.)*

PABLO

Anda muy lejos de aquí, buscando el lugar donde está ahora... Pero me lo llevaré, descuida. Que la noche os guarde.

EUGENIO

Y á vosotros más...

PABLO

Hasta mañana, y que no descanses... Y, sobre todo, evita el antojo sentimental de conocer su nombre, porque él, como en las leyendas de misterio, destruiría el precioso encanto. Y, al fin, inútil preguntar. Aun sabiéndolo, cuando más tarde quieras recordarla, no acertarás á decir de ella sino que tenía un bello lunar, marcado como una señal de esas que un día dejamos en un árbol perdido, Dios sabe dónde...

EUGENIO

Tal vez, sí. Vete.

PABLO

Adiós. *(Al viajero.)* Amigo, vamos al pasillo, á fumar un cigarro. Los mozos de estación nos irán leyendo la guía.

VIAJERO

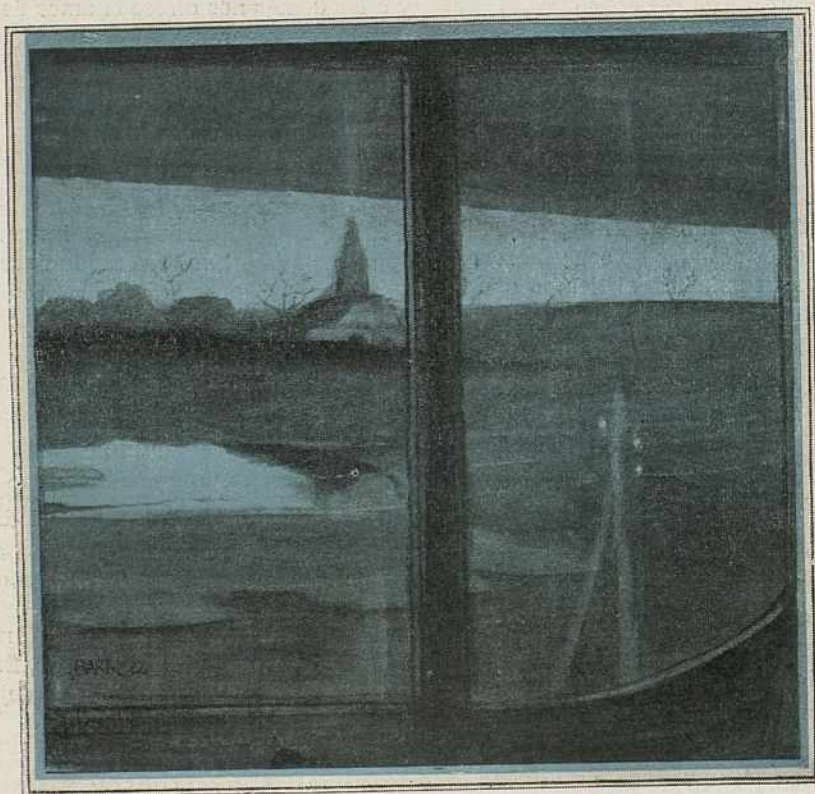
*(Levantándose.)* Ya voy llegando, vea usted: «Espinar, San Rafael, Cercedilla...»  
*(Vanse por el pasillo.)*

Queda el departamento en sosiego, bajo la llama trémula del techo, cuyo ondular la semeja un pez blanco nadando por su globo de cristal, como en las rancias, villanas boticas... El claror vago, diluido, cae entre las rejillas, cual de una espolvoreante regadera de luz, fecundadora de ensueños. En los asientos, obscurecidos, una funda de sombra se extiende, guardándolos... En vagón nuestro entonces la tenuidad grata de

las alcobas veladas con el resplandor nupcial de un vaso de aceite que arde junto á los amorosos altares. Atrás, fué acallándose en recogimiento el bullicio del tren, como una voz novia que se apaga queda, queda, para decir al oído el hondo epitalamio de la noche...

La viajera ha abierto un libro. Sus ojos van saltando los travesaños enjaulados de los renglones cortos, que á veces hacen abrir las alitas rojas de su boca con un temblor más sonaramente expresivo en sus ojos que en sus labios...

dolos, y desde entonces los tiene abatidos y quietos sobre la página inacabada; quietos, tal que raras mariposas azules sujetas en sus hoyos por los alfileres clavadores de las pestañas. Eugenio las mira con el gozo de un sabio coleccionador de amores mariposas... El libro cae, al fin, vencido por aquel silencio que él—pobre ciego cantor de la humana feria—se esfuerza en reducir á palabras de romance. Abiertas, tiradas en el abandono del regazo, las palabras del libro parecen muertas á lo largo de sus líneas difusas...



Menos bella que humilde es ciertamente en el porte la desconocida, pero algo de sensibilidad y de espíritu irradia en su cara, mientras lee, que la hace resplandecer de emoción, como un vidrio donde da el sol. Hay en toda ella la misma ingenuidad poblerina de su vestido, hecho, acaso, por aquellas sus manos delgadas y blancas, cuyos dedos son, entre las hojas del libro, los ideales rasgadores de marfil que mejor apetecieran sus versos.

La máquina ha silbado una larga tonada cadenciosa, al modo de un buen mayoral que distrae el camino. Después, como á un fustazo, se acentúa el galopar de las ruedas, cuyo cascabeleo bronco, golpeante, diríase agitado por unas monstruosas colleras extrañas. A ratos, pasan fulgurando, tras los miradores, las chispas igníferas que arrancan los cascos del Pegaso nuevo, corriendo, corriendo... Un tiempo sin medida se prolonga violento, como aherrojado en las paredes del coche que ocupan solos los dos mozos.

Ella, una vez, ha levantado los ojos, y en ellos

Mientras, sintiéndose cogidas, las pupilas azoradas de la desconocida se revuelven á mirar las ventanillas, las paredes, los divanes, como aleutando presas en aquellas cajas diminutas de sus cuencas. El mozo galán sonríe con triunfo, y ávido de audacia, se resuelve á hablar...

EUGENIO

Perdón, señorita. ¿Son versos?

VIAJERA

Sí... sí, señor.

EUGENIO

Y bellos, á juzgar por lo que á usted le interesan. De Campoamor, acaso...

VIAJERA

No... De un muchacho que empieza, Julio Alcazar. Puede que usted le conozca.



EUGENIO

¿Alcaraz?... No; y de veras es imperdonable ignorancia no saber de un poeta que ha ganado la gloria de ser leído por usted...

VIAJERA

¡Sí! Pobrecito de él si no consigue más fama que esa.

EUGENIO

¿Le conoce usted mucho?

VIAJERA

Es de mi pueblo. Marchó á Madrid y ya no sé de él más que por sus versos.

EUGENIO

Entonces, habiéndolos inspirado, seguramente, hace usted bien en llevarlos ahora como su espejo de viaje...

VIAJERA

Y usted hace mal en suponerlo

EUGENIO

Si le molesta...

VIAJERA

No, no. Comprendo que de algo hemos de hablar, puesto que para eso nos dejaron solos, y aun debo agradecerle que empezase usted de una manera tan delicada.

EUGENIO

Ahora es usted la maliciosa.

VIAJERA

Ayuntamiento de Madrid

EUGENIO

Es verdad; dicho así, parezco confesar que lo fui yo antes. Oyéndola á usted, me figuro que Julio Alcaraz debe resultar un gran irónico...

VIAJERA

Mucho; dicen que es gran poeta...

EUGENIO

(*Cogiéndole el libro.*) A verlo.

VIAJERA

(*Rápidamente.*) No, no...

EUGENIO

¿Por qué no? ¿Acaso este libro no está escrito para todos?

VIAJERA

Sí... Usted perdone... Fué una inadvertencia.

EUGENIO

Aquí hay una marca.

(*Leyendo.*)

Quedó allá la casa, la casita sola,  
donde amores viejos dejaron su frío  
de nidales deshechos  
en un tronco roído;  
sin sol que enjalbegue sus paredes negras,  
sin cantos de pájaros, sin risas de niños,  
en que duren los ecos  
de unos besos antiguos.  
¡La casita aquélla! Cuando la recuerdo,  
en todas las tardes á la hora misma,  
como ser de milagro  
siento aún dentro la vida...

VIAJERA

(*Cogiendo el libro.*) Ya ve usted; un gran irónico.

EUGENIO

Lamento haber descubierto este secreto para todos... como él se dolerá de darle fama para conquistar la suya. Es triste condición de ciegos mendicantes y de poetas afanosos ganarse la vida ó la gloria cantando su propio dolor.

VIAJERA

De ciegos, de ciegos solamente...

EUGENIO

Pero es caridad socorrerlos ó justificarlos, porque es la misma su necesidad. Como ellos, por mover á la limosna de un elogio, sangraríamos el corazón si no tuviese lástimas que mostrar.

VIAJERA

Desdichados...

EUGENIO

¿Aún no perdonó usted á Alcaraz?

VIAJERA

¡Yo!

EUGENIO

La de la casita abandonada. Siendo del mismo pueblo, seguramente la conocerá usted.

VIAJERA

Tal vez.

EUGENIO

Acaso muchas tardes la acompañase tras de los cristales que descubren el camino alejador, y la viese limpiar en ellos, con su nombre, las nieblas del obscurecer, para seguir mirando...

VIAJERA

No... supongo que no. Ella habrá sabido resignarse primero y olvidar al fin, como él.

EUGENIO

El la recuerda; ahí están sus versos.

VIAJERA

Y ella los leerá. De todo, no quedan más que consonantes, palabras que se igualan: si esas palabras significasen dolor, no se desvelaría él por repetirlas.

EUGENIO

¿Y ahora?

VIAJERA

¿Quiere usted que hablemos de otra cosa?

EUGENIO

Es cierto. (*Pasando de pronto al lado de la viajera.*) Ahora, en el recogimiento de esta noche y de este sitio, cuando parece que nos hemos quedado solos en el mundo, no debemos hablar más que de los dos.

VIAJERA

Pero no tan cerca. Si continúa usted aproximándose, va á parecer que quedó uno solo.

EUGENIO

¿Y eso le da miedo?

VIAJERA

No; la necesidad de ir sola, realmente, me ha hecho dejar el miedo ó los remilgos de aparentarlo, porque son demasiado estorbo. Para ocuparme, basta el equipaje.

EUGENIO

¿Va usted lejos?

VIAJERA

Al lado; la primera estación. Soy maestra y voy á posesionarme de una escuela... Ya ve qué cosa más vulgar, usted que me creía inspiradora de poesías y heroína de una novela de amores... ¡Ja, ja! Usted sí que fué lejos.

EUGENIO

Pensando en usted, todas las distancias son cortas...

VIAJERA

Pues no se comprende eso en lo que va acercándose.

EUGENIO

Por lo mismo que á su lado ve el pensamiento todas las distancias, largas...

VIAJERA

Pues por ellas, que atajos que no se conocen, á lo mejor, desvían.

EUGENIO

(*Cambiando de sesgo.*) Con usted he acertado... es una protagonista de novela. Allá en su colegio, sola entre los hijos de los otros, dándoles el cariño de ellos como la sombra de sus propios sueños, oyendo en sus parloteos el eco de carne de otros besos que fueron... como esos de que habla su poeta, y que no lo dejaron... ¡cuántas cosas inspiraría si tuviese quien supiera recogerlas, y con qué tristeza las sentirá perderse en su cabecita rubia, de cabellos olvidados como las mieles en los montes!...

VIAJERA

(*Riendo.*) ¿Va usted á hacerme versos?

EUGENIO

Los versos no se hacen; se cortan como las rosas, de donde broten. Ahora, es usted quien los ofrece... y yo quien los arrancase, al pasar, robándolos en una divina tentación, ya que hay una ley de egoísmo que pone dueños á los versos y á las rosas... ¡Por qué han de tenerlo!

VIAJERA

(*Retirándose con cómico sobresalto.*) ¡Qué anarquista! Me asusta usted.

EUGENIO

Pues no se retire. Que á unos y otros, anarquistas del amor ó del odio, es error separarlos de nosotros, cuanto lo que enciende sus cabezas es el calor que huye del corazón al verse lejos, apartados...

VIAJERA

Bueno, me acercaré... para quitarle las malas ideas.

EUGENIO

¿Y por qué no han de ser las buenas, las mejores?... Si esto que me acerca á usted, aproximase á todos, donde se encontrasen, en esa impresión del momento que es más que el amor, porque es querer á todos... habría más contento y más bondad por el mundo. Cada beso que dejáramos en él...

VIAJERA

Tate, tate...

EUGENIO

Es una doctrina de bien: lo imposible... no se asuste usted. Cada beso que diéramos, al pasar, sería una voluntad amiga que dejásemos en nuestro camino. Poco á poco, no habría en la tierra más que la divina simpatía, esa espiritualidad que une á los que se miran sin conocerse, *flirteando*—más que amándose—en un tren, en un paseo... Sería el amor de los unos á los otros, para todos, para todos...

VIAJERA

Hermoso sueño.

EUGENIO

Verdad, ¿por qué no? A mí no hay nada que me haga querer mejor, querer más, que los momentos en que alguna mujer me demostró, pasando, esa simpatía. Es tanto lo que la amo entonces, que, al despedirnos, siempre conservo la misma buena voluntad para ella: que sea muy feliz cuando tenga que mirar á otro toda la vida.

VIAJERA

Así, no es tan sueño.

EUGENIO

Ni tan hermoso... ¿Por qué no hemos de realizar, viéndonos, esos mil pequeños deseos que ya están dados cuando son queridos; por los que seríamos mil veces pequeñamente felices, y que acaso, por no cumplirlos, nos hagan ver un día nuestras arrugas de viejos como surcos estériles donde no dejamos germinar la vida?...

VIAJERA

Amor libre... ¡Si nos oyeran hablar así!

EUGENIO

No; eso es tan poco, que no debemos considerarlo de nuestro tiempo. Libre, el momento, que es más intenso y más de hoy... por eso, porque ya es más fácil que no nos oigan, que estemos

más solos, porque la vida se individualiza cuanto más vertiginosa se va haciendo. Ahora es en un tren donde se juntan dos, lejos de su lugar, que es cárcel de sentimientos; mañana será en el aire, lejos del mundo, que es prisión de nuestros actos.

VIAJERA

¡Y el amor, el verdadero amor!...

EUGENIO

Ahora, poniéndonos alas es cuando vamos á alcanzarle y hacernos sus dueños. El amor vuela, y es preciso poder seguirle en sus veleidades, en sus hastíos, en sus afanes nuevos... Sólo amaría eternamente quien fuese capaz de amar cada minuto.

VIAJERA

¿Un amor distinto?

EUGENIO

Justamente; persiguiéndole, yendo siempre con el amor... Es engaño de los viejos creer que en otros tiempos se amaba más tiempo, y es calumnias á nuestra edad decir que ya no se ama hoy tanto como antes. Al contrario, es hoy cuando empieza á existir el amor, ese amor eterno que mintieron todos los enamorados y no conoció ninguno.

VIAJERA

¿Ni Romeo, ni los amantes de Teruel, ni...?

EUGENIO

Esos, menos, porque murieron más pronto. Súpongalos usted vivos, casados... y tal vez hubiesen sido los más cortos amadores del mundo. Sólo D. Juan se acercó algo, pero le faltó un aeroplano para no cansarse de querer.



VIAJERA

¡Oh, qué herejías!... Por supuesto, usted las dice para marearme en esos juegos de ideas y de palabras, é interesarme con ellos... Y la verdad es que lo consigue usted.

EUGENIO

Ya es algo.

VIAJERA

Y aun, si no exagerase usted tanto...

EUGENIO

Nos sujetan; son como brazos de la tierra que no acaban de soltarnos nunca. Parece que nos dejan libres, porque corremos, y sólo hacen alargar más una esclavitud siempre igual... Ellos son el símbolo de la hipocresía, que habla mucho para mentir mejor.

VIAJERA

¿Por qué lo dice?

EUGENIO

Por lo que usted no quiere decir.

VIAJERA

Pues le seré á usted franca. Tal vez lo merezca, si no es usted como esos rieles... que sí lo es, también, si no por lo que engañe, por lo que encarrila.

EUGENIO

Donoso favor.

VIAJERA

Ha sabido usted traerme á una confesión que nunca hice, que acaso no vuelva á hacer... Y sin conocernos.

EUGENIO

Por eso mismo. Es error que la intimidad esté en los amigos: sólo somos capaces de ella con quien más nos desconozca. Ante los extraños, vamos de cualquier modo, con las ropas deshechas, con la naturaleza desnuda. Ante los vecinos, tenemos que ir engomados, cuidadosos, fingidos.

VIAJERA

Ustedes, no; nosotras... nosotras, las infelices, que llevamos el corazón entre ballenas como en una jaula.

EUGENIO

¡Y qué importa así que el nuestro vaya libre,

EUGENIO

¿Tendría razón?

VIAJERA

Alguna, alguna, tal vez si... Pero infeliz de la mujer que se la diese, después de convencerla usted mismo.

EUGENIO

¡Oh, malditos rieles estos del tren!...

VIAJERA

¿Le incomodan?

si cuando llega á ustedes ha de tropezar con los barrotes... ó no ha de encontrar corazón!

VIAJERA

No importa, no... La culpa es de quienes alcanzan nidos por el solo gusto de matar pájaros... Para realizar su sueño, que en usted acaso no sea de bien ni de amor, como dijo, pero que podía serlo, hace falta educar mejor á los niños y á los hombres... *(Riendo.)* Yo, allá en el rincón de mi escuela, haré lo que pueda por preparar á los míos para esa edad de égloga en que todos se quieran, al pasar... Entonces, va á ser usted muy viejo.

EUGENIO

No se burle... Yo he sido sincero; quiero serlo... También usted supo encarrilarme la intención á la verdad de este divino momento en que los dos hablamos sin que nos haga falta disfrazar las palabras, puesto que no nos conocemos la voz... ¡Para qué mentir! Si acaso empecé sólo por mirar sus labios, fueron ellos mismos los rieles rojos que me trajeron á quererlos con la ternura de esos besos que llenarán de paz el mundo... cuando todos vayan dejando besos por su camino, como Pulgarcito, el del bello cuento, iba dejando chinitas en el bosque, ¡para saber después, recordándolos, volver á la juventud que hemos perdido!

VIAJERA

¡Lindo modo de explicar á mis niños el cuento de Pulgarcito!

EUGENIO

Sigue usted tomándolo á broma; hace mal.

VIAJERA

Ni usted ni yo podemos hablarlo en serio; estamos formados por otros, que á mí me enseñaron á no creerle mucho, y á usted á no comprenderme bien... Para nosotros es tarde.

EUGENIO

¡Tarde en nuestra juventud!

VIAJERA

Porque ya está hecha. Pero aún podemos hacer mucho por el amor formando otras juventudes... yo, en la escuela, diciéndole á mis niñas cómo se debe querer á todos por ley de bien. Y usted, poeta, enseñándole al mundo un don Juan amador que no se ría imbécilmente de que las mujeres tengan también corazón.

EUGENIO

Pues si los dos pensamos igual y creemos lo mismo...

VIAJERA

Pero no creemos el uno en el otro. Aun razonándolo, sintiéndolo tan bien, usted para mí no es más que un aventurero vulgar, y yo, para usted, sólo soy una muchacha ligera, algo loquilla...

EUGENIO

No, no... Se lo juró.

VIAJERA

¿Ve usted? Para probarme que es distinto, hace usted lo que todos.

EUGENIO

Y usted.

VIAJERA

También. Es que para nosotros es tarde, porque para el amor aun es pronto. Considere usted que todavía no está resuelto el aeroplano...

EUGENIO

¿Es burla aún?

VIAJERA

De todo tucne. Sigo los propios giros de su pensamiento, hermoso, elevado, con unas alas blancas, azules y doradas... que llevan, como las mariposas, un cuerpo de gusano. ¡Oh, su pensamiento es ciertamente bello!...

EUGENIO

Entonces...

VIAJERA

Pero que no se pose.

EUGENIO

Dura condición.

VIAJERA

¿Se cansa usted?

EUGENIO

Pienso que dentro de media hora, antes quizá, será tarde sin remedio, y que usted y yo, solos, tendremos el vago pesar de haber roto juntos. en este instante de destino, el verso de carne que nuestro labios han compuesto ya, aconsonantándose en el pensamiento como los renglones de ese libro, que usted seguirá leyendo, ó como los de otro que yo escriba... para falsificar la poesía con palabras.

VIAJERA

... ¿Y no piensa usted que acaso después fue-  
ra por falsificar con palabras nuestro recuerdo?

EUGENIO

¿Qué quiere usted decir?

VIAJERA

Nada... teorías, también. Pero en ellas conviene no fiarse mucho de números ó de imaginaciones que todo lo resuelven, cuando un instante de realidad hace caer las hélices de un aeroplano... ó las frivolidades de una bella despreocupación... Hablemos de otra cosa, ¿quiere usted?

EUGENIO

No; ahora más que nunca le pido á usted que hablemos de esto... que ya no sé lo que es; idealmente, seriamente, como usted quiera.

VIAJERA

¡Seriamente! No hay tiempo.

EUGENIO

Bajaré en su estación, seguiremos juntos...

VIAJERA

¿Por el pueblo? Está usted loco.

EUGENIO

Pues ahora, ahora, sin perder minutos... ¡Oh! Cuando los siento correr, tengo un ansia nerviosa de llegarme á usted... y de que entre los dos los cojamos, apretándonos en un abrazo, ¡para que no puedan andar!

VIAJERA

Ya ve, ¡usted que razonaba con el volar de los minutos!

EUGENIO

No sé de razones; no sé qué he dicho... Sólo la veo á usted escapar de mi lado, y no atiendo más que al impulso de retenerla á toda costa... *(Cogiéndole rápidamente una mano.)* ¡Así!

VIAJERA

¿Qué es eso!

EUGENIO

¿Qué importa el nombre! Encanto ó pasión, llámelo usted misma, y eso será. *(Inclinándose á besarla.)* Pero, pronto, pronto.

VIAJERA

¡Quieto!

EUGENIO

Antes de que esa máquina desalentada nos aleje. ¿No siente usted cómo ahora se precipita más el tren y cómo se hace más tarda nuestra voz?

VIAJERA

*(Forcejeando.)* Basta, basta...

EUGENIO

No; la quiero, la necesito, la...

VIAJERA

*(Con un grito, viendo al revisor en la puerta del departamento.)* ¡Ah!

EL REVISOR

*(Después de haber parado, sonriente.)* Buenas noches. Los billetes, ¿me hacen el favor?

El golpe del taladro hace en el silencio un sonido rápido, imperioso y frío. Tras él, circunspecto, el revisor desaparece, abriendo la portezuela, por donde entra un aire sutil y afilado, que absorben las frentes, encendidas, con un afán de sed, como si bebiesen de él... El llano inmenso está inundado de claridad, tal que una riada blanca, cuyo fragor desbordante fuese el temblor del tren, y cuyas ondas revueltas se agitasen en los surcos del laboreo... Todo es, al mirar, tierra, tierra, tierra. Tierra que obsesiona el espíritu como una condena mortal; tierra que vaga en los ojos como una ceguera; tierra que se dilata en el ensueño cual la visión del profeta...

Arriba, brillante, la luna anda, semejante á la rodela de plata del Caballero Ideal, que discurre en el azul velando sus armas... En tal hora y á la faz del cielo y el llano confundidos, prolongado uno en otro por la juntura del horizonte limpio y cortado de Castilla, fulge, como riendo en ellos, el alma secular que fué hidalga y fué mística. Allí, solamente, caben los hombres capaces de distenderse en un anhelo infinito que llega á otros mundos y sufre por conquistar los cielos, después... Allí, viéndolos alargados por la llanura á través del añil de sus pupilas, la iluminada santa había de amar en noches iguales al santo poeta, con éxtasis que se creían en lo alto cuando miraban á la tierra desolada y rasa como los espacios. Una noble verdad descubre la seca extensión, sin encrucijadas, sin revueltas, sin engaños que no sean los de su propia idealidad ingenua y romántica. Una fe decidida, ilimitada, levanta su triunfo por la tierra grande, que no se acaba nunca, y en la que es fuerza aguardar un más allá cualquiera... para la vida de cada uno, arriba, donde brilla la luna, ó para la de todos, allí mismo, donde los surcos perennemente sembrados forman como las líneas de un contrato en que se sujetan el hombre y la tierra...

Algo de íntima unción, confortadora, sentimental, convierte los ojos, al pasar, en lámparas devotas puestas con esperanza de los días por venir, llenas de un optimismo alumbrador y

sano como el aceite hecho en los olivares de la castellana meseta; mientras las humaredas de la máquina, saltando los campos fecundos de la raza, alzan sus espirales de gigante incensario que va y vuelve, imponente, en los giros ciélopeos de un culto nuevo... El tren sigue, marcha, entre la planicie y la noche, estridente, tableteante.

En un ángulo del coche, pegada la cara al cristal, contra el que fué asustada su vista como una mosca de oro que, pugnando por salir, se batiase á una ventana, la viajera quedó un largo rato en la lejana contemplación. A veces, fuerte-

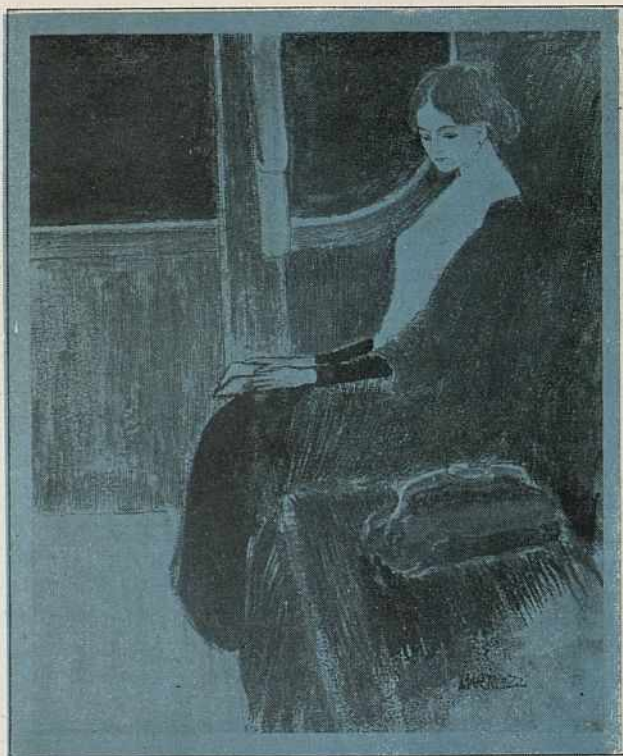
confundiese, por nuestra culpa. Fué una imprudencia.

EUGENIO

Si, de él...

VIAJERA

Suya, de usted; ó de nosotros, los dos. Olvidamos demasiado, y soñando que subíamos, nos creímos lejos, en otro mundo y en otro tiempo, sin salir de donde estábamos. Ya usted ve: de pronto, un empleado vino á recordarnos que llevábamos billetes muy cortos para esos viajes



mente, cierra los párpados dorados como las alas de la avispa, igual que si quisiera más ver dentro de ellos, ensimismándose, perdiéndose en el fondo obscurecido de su pensar. El crespón negro, humilde, del velillo, se abana triste... Vuelto á la moza, gravemente, Eugenio la observa con tal fijeza, que más parece, mirándola, estar también abstraído en su interior, como si la reflejase en él... La llama del techo, bullidora, parlotea locuaz con su lengua diserta, que dice en el silencio quién sabe cuáles bellas cosas ininteligibles...

El torna á hablar.

EUGENIO

¿Se ha enojado usted?

VIAJERA

No; he sentido que tal vez ese hombre me

de la fantasía... (Con naturalidad.) Yo, ahí al lado, y usted... ni siquiera sé á dónde.

EUGENIO

A Madrid.

VIAJERA

Como Julio Alcaraz...

EUGENIO

Acaso. En busca de la suerte, de... ¡qué sé yo! Ni en esta empresa de mi ilusión ni en esa ruta de idealidad que acabamos de seguir juntos, han de pedirnos el billete.

VIAJERA

Basta un mal pensamiento para morderlo... y ya no sirve tampoco.

EUGENIO

El miedo aún, esa paradoja del miedo: lo dan las sombras y él mismo las sostiene... Porque no se ve en ellas, tememos de niños las viejas salas oscuras y abandonadas, y de hombres, los palacios vacuos de la fuerza y del imperio... y de enamorados, el propio rincón escondido y tenue que buscamos para estar solos. Siempre, donde no hay nada, nos finge nuestro espanto de lo desconocido fantasmas, soberanías ó preocupaciones... y así son ellas mismas las que guardan cerrados todos esos negros espacios vacíos.

VIAJERA

Si, sí... Pero lo que han hecho los años, es inútil pretensión que lo deshaga un momento.

EUGENIO

Si, si es momento de amor que no tenga tiempo á dejar de ser amor... Si toda la pujanza de nuestros músculos se concentrase en uno solo, cada vez que necesitásemos ese, todos seríamos atletas. Y si la pasión que llena nuestras vidas, ahilándose, perdiéndose por ellas en un esfuerzo vano, imposible, se renovase en cada boca apetecida y en cada espíritu soñado, habría más juventud en el mundo y más valor en las gentes contra esa sombra de privación y de nostalgia que ellas mismas proyectan, ennegreciéndose el camino y las ideas...

VIAJERA

¡Qué hacerle!... Sigamos cada uno. Ya falta poco para separarnos.

EUGENIO

Bien. Y para envejecer, poco más... ¡Así se acaba todo tan pronto! Viviremos unos días largos, dilatando un solo querer y un solo nombre como se distienden las cuerdas de un violín, hasta romperlas... ¡después de que sonaron la divina música de unos besos!...; los ataremos, acaso, en un nudo fuerte, duradero, largo, largo, como se atan las primas, los bordones... Y nuestro corazón estará en seguida roto y viejo como los violines de las ferias en que un ciego va contando las historias que pasaron.

VIAJERA

Si las hubo... Pero no hablemos de esto. ¡Que tenga usted suerte allá!...

EUGENIO

Y usted, que sea muy dichosa siempre.

VIAJERA

Gracias.

EUGENIO

Si desea usted algo para Madrid...

VIAJERA

Nada. Que usted se divierta en aquel mundo de alegría... y de olvido. ¡Debe ser tan hermoso Madrid!

EUGENIO

Debe; como deben serlo todas las cosas que evoca un bello nombre. Peor para él si no lo es.

VIAJERA

Si no lo son...

EUGENIO

Pero aún peor para nosotros si nos engaña-



mos por el temor de un engaño. Hay que hacer todos los viajes é ir á todas las tentaciones.

VIAJERA

Ya...

EUGENIO

¡Qué!

VIAJERA

Es tarde.

EUGENIO

¡Tarde, tardé! ¡Oh! Yo me rebelo contra la desolación de esa palabra, que es como el epitafio de las cosas que no tuvieron vida. Ni siquiera dice: aquí fué algo. Dice, solamente: aquí, pudo ser algo...

VIAJERA

Mal terminamos, entristeciéndonos. Después de nuestras charlas, despreocupadas, pasajeras como el tren que nos lleva, sobre la vieja sequedad de las cosas, tenemos que despedirnos como dos bravos espíritus fuertes; sin decirnos si quiera adiós...

EUGENIO

¿Para no saber más de nosotros?

VIAJERA

Nada... No vamos á desnaturalizar el momento, prolongándolo, destruyéndolo en la violencia de una vulgar cortesía que nos recuerde por Pascuas, con una tarjeta... (Riendo.) No, no; seríamos iguales á los otros.

EUGENIO

Y lo somos, al fin; no disimulemos más. Ahora, cuando voy á perderla, siento que la amo á usted y no concibo que usted desaparezca para mí en el desierto de esta llanura, donde no volvería á encontrarla... Formalmente, vulgarmente, como siempre y para siempre... ¿quiere usted que nos amemos así?

VIAJERA

¡Así! Fué usted demasiado elocuente antes, para convencerme ahora.

EUGENIO

Ahora y antes dije verdad. También esta lo es, porque verdad lo es todo; la mentira no existe. Lo que queremos y lo que pensamos, lo que decimos y lo que hacemos, tiene un motivo cualquiera que basta para darle razón... Pero ahora no me las pida usted: apenas queda tiempo de pronunciar las palabras.

VIAJERA

Menos ha de haberlo para pensarlas.

EUGENIO

Hemos dicho ya tantas, que bien puede formarse de todas un pensamiento. Uno nada más... y para quererse, es preciso que no haya más que uno en los dos... Vea usted cómo, al fin, es mejor que no tengamos mucho tiempo.

VIAJERA

Con todo convence usted. Va á ser capaz de probarme que ahora es de día.

EUGENIO

En América, sí...

VIAJERA

Muy lejos.

EUGENIO

Doce horas... Si el mundo se vuelve en ellas, una cabeza y un corazón pueden cambiar más pronto. La amo á usted.

VIAJERA

Otras doce.

EUGENIO

O de por vida. En el fondo de todas las agita-

das superficies hay siempre el mismo anhelo de paz, de refugio, acaso de muerte... Un hogar quieto, fijo como una tumba, es, sin duda, el afán de los que han corrido mucho; y tal vez ahora, cuanto más vuelen los hombres, se haga más firme el hogar... Yo también lo sueño, sino que está tan hondo, tan escondido, que es fuerza aturdirse buscándolo. Y entretanto, ¿por qué no han de tocarse con un abrazo los que se tocan con un tropiezo en las revueltas del laberinto, donde cien mujeres y cien hombres, que creímos ciertos, no fueron más que columnas, columnas, columnas?...

VIAJERA

Como nosotros.

EUGENIO

¡No! Al menos, nosotros nos hemos descubierto, y nos comprendimos, hallándonos.

VIAJERA

¿Así, al azar?

EUGENIO

El acierto es eso, casualidad... ese lazarillo ciego que llevamos en nuestros ojos abiertos... Un día, el cueto de su bordón, que va á tientas, golpea, al andar, la piedra donde se guarda el tesoro feliz: es una carta de juego, que no quisimos, para la riqueza; es la inspiración de una idea, que no aprovechamos, para la gloria; es la mujer que nos miró en la calle, y por prisa no seguimos, para el amor... Cualquiera de ellas, pudo ser nuestra vida. Pero el lazarillo ciego sigue, sigue, dando golpes con su cueto, y nosotros nos perdemos con él por no saber dónde pararle. ¡Ahora es aquí!

VIAJERA

Imaginación, poeta... La realidad es que simpatizamos, que fuimos un poco locos, y que mañana no se acordará usted de mí. Nada más... Acaso, con tiempo, sí, nos enamorásemos, y nos casáramos... y viviríamos juntos, al amor de la lumbre de muchos amores... y yo no tendría más niños que los míos, para poner en ellos lo que ahora les enseño y les quiero á todos; y usted haría versos, que yo leería primero que nadie, sobre su hombro... y... (Transición.) ¡Ja, ja, qué loca, qué loca! ¿Pues no me dejaba llevar también?... La realidad es que no hubo tiempo para que pensemos nada.

EUGENIO

¿Y si lo hubiese?

VIAJERA

Entonces

EUGENIO  
¿Sería eso?

VIAJERA  
Acaso.

EUGENIO  
¿Me querría usted?

VIAJERA  
Acaso.

EUGENIO  
¿Vendría conmigo, seguiría mi suerte?

VIAJERA  
Acaso... Pero, ¿qué importa lo que fuese entonces, si ahora no podemos decir más que acaso!

EUGENIO  
A esa palabra suena el golpe del bordón que nos abre el camino, cuando toca la piedra blanca... No olvide usted que sonó tres veces entre nosotros.

VIAJERA  
Imaginaciones, impresión de artista que, porque conmueve el corazón, puede antojarse amor, y sólo es poesía. Ya lo verá usted... Cuando, para realizarla, haga usted versos de ella, le parecerá lo que es ahora, el sueño de una bella noche, que hoy le despierta de ilusión y mañana le adormecerá de olvido en la música de unos lindos consonantes. Al amor, como á todos los niños, se le aduerme cantándole... Y en ustedes los poetas, todo, antes y después, es sueño...

EUGENIO  
¿Recuerda usted á otro... á ese otro?

VIAJERA  
Si fuese cierto, razón habría para recordarlo, porque los que no sabemos expresar sentimientos, tenemos que llevarlos siempre guardados... Por eso no quiero contraer recuerdos.

EUGENIO  
¿Duda usted de mí?

VIAJERA  
No; de mí... Usted, ahora, me cree la destinada, la única, y no lo soy, no puedo serlo tan pronto, compéndalo.

EUGENIO  
¿Y si lo fuese?... Poco á poco, los dos hemos sabido entendernos, ahondar en la frivolidad de una charla casual, y encontrarnos iguales. Su espíritu es el mío, y yo sé que, á mi lado, sabría acompañarme, penetrarse en mi obra, conmo-

verse con ella; sé que las cosas grandes juntarían nuestros labios en la misma emoción de sensibilidad, y que llevándola conmigo, yo no estaría solo oyendo á Beethoven ó asistiendo á un drama... Eso es casarse, y yo sé que viviríamos casados.

VIAJERA  
¡Oh, sí!

EUGENIO  
Salí en busca de la suerte, y encontré ya lo más difícil de ella: usted.

VIAJERA  
Sin duda; y yo á usted.

EUGENIO  
¿Luego, nos amamos al fin!

VIAJERA  
Para eso, falta algo aún.

EUGENIO  
¿Qué!

VIAJERA  
El amor.

EUGENIO  
Pero, ¿quién lo impide si los dos lo gustamos!

VIAJERA  
Eso... eso que no tiene nombre porque no lo vemos, que pasa por nosotros como un aire entre rendijas, y que trae y lleva trozos de alma, sueltos, perdidos... eso que nos junta y nos separa, destino, misterio, acaso... lo que nos enseña el querer y no nos da tiempo á querernos.

EUGENIO  
(Cogiéndole una mano, rápidamente.) Sí; aún quedan unos minutos, uno... el tiempo de besarnos.

VIAJERA  
Es inútil.

EUGENIO  
Inútil es vacilar, resistir más... ¿Te amo!

VIAJERA  
No.

EUGENIO  
¿Quiéreme!

VIAJERA  
Imposible...

EUGENIO  
Pero, ¿por qué ya?



#### VIAJERA

Por... *(Suena un silbido largo. Pausa.)* ¡Porque ya hemos llegado!

De un golpe, brusco como un despertar, el tren se detiene, crujendo los huesos de sus topes en una contracción dolorida, torcedora. Súbita, una voz canturrea con agrio desentono, malhumorada, cual si rezongase por ella la soñolencia á deshora interrumpida del pueblo lugareño, cuyas luces se coloran, desperdigadas en el fondo obscuro, como las naranjas entre los huertos. Por el andén humilde, cruza, desvaiéndose, el reflejo de una linterna, que parpadea al moverse, tal que si sintiera su fatiga. Como en sueños, se oye hablar fuera, rápida, imperiosamente. En el reloj iluminado, las agujas señalan la media noche, prietas, inflexibles, semejando tenazas...

Ella ha recogido sus bártulos, y tiende á Eugenio la mano, blanca y pulida en la modestia de su cuerpo, igual que esas flores cuidadas en el adorno de una ventana pobre... Ambos se dicen aún unas palabras de despedida, cualesquiera, y su propia vulgaridad les torna extraños, desconocidos, un poco asombrados, tal vez. Sólo cuando luego se miran sin hablar, se reconocen, y hay entonces en sus ojos la expresión de esa palabra que no nos separa de otro, sino de nosotros mismos: Adiós... El martillo sonoro de la

campana cae tres veces, clavando en la sombra como una tapa que se cierra de algo que se acaba y desaparece, como muerto, como ido... La helada se engarfia tras la portezuela. Y en el tren, encortinado, silencioso, quieto en la llanura, parece que no va nadie.

Pronto, un silbato aletea su vuelo rastreante de ave rapiega; y el tren anda, despacioso, cauteloso, como si huyera á hurto sobre el aro de sus ruedas... Es promediado el viaje, y falta la noche ya, hasta poco después del sol, en cuya llama blanca, brotada de la tierra igual que las de los cuentos de misterio, desaparecen sepultados los duendes amañadores de enredos y fantasmagorías... El tren esfuerza su marcha, impaciente, piafante, y quedan atrás los rieles lustrosos como unas largas riendas sueltas... Más allá, el jirón blanco de un pañuelo se desgarran en el aire.

PABLO

*(Llegando, soñoliento.)* ¿Qué?

EUGENIO

Irrendible.

PABLO

Pero, irrendible... ¿cómo?

EUGENIO

No bromees, Pablo; te engañaste, y tu equivocación merece tu respeto.

PABLO

Es curioso... ¡No le habrás preguntado el nombre!

EUGENIO

¡El nombre! Ni eso... Por seguir tu advertencia, no sé cómo se llama, y, sin embargo, ¡es ella, es ella!

VIAJERO

(Entrando con la guía abierta.) «Valladolid, El Pinar, Viana...»

Sigue el camino. El rayo culebreante de las farolas corre devastando la llanura; las colleras monstruosas de los émbolos y rodajes estridulan sobre la tierra yerta; y Castilla, la sin fin, se va ensanchando ante el Pegaso nuevo, cuyas alas de humo no son otras que las que antaño elevaron, siempre en ella, los sueños de sus místicos y de sus hidalgos, los divinos locos...

*Javier Valerio*

# El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.—MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V. — 16 de Junio de 1911. — NUM. 233

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.  
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre  
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

Director gerente: JUAN J. SANSANO

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

## LAS ALONDRAS

POR

MANUEL LINARES RIVAS

### A nuestros lectores

Próximamente publicaremos originales inéditos de los ilustres literatos Sres. Jacinto BENAVENTE, Manuel LINARES RIVAS, Jacinto OCTAVIO PICON, Francisco VILLAESPEA, Manuel MACHADO, Ramón PEREZ DE AYALA, Antonio ZOZAYA, Juan PEREZ ZUÑIGA, Emilio CARRERE, Cristóbal DE CASTRO, José ZAHONERO, Gregorio MARTINEZ SIERRA, Felipe TRIGO, Alberto INSUA, Luis BELLO, Pablo PARELLADA, Felipe SASSONE, Antonio ASENJO (autor de *El chico del cafetín*), Antonio PALOMERO, Pío BAROJA, Juan VAZQUEZ MELLA, Emiliano RAMIREZ ANGEL, Enrique GOMEZ CARRILLO, Joaquín DICENTA, Augusto MARTINEZ OLMEDILLA, Salvador RUEDA, Andrés GONZALEZ BLANCO, Eduardo MARQUINA, Carmen DE BURGOS (*Colombine*), J. y S. ALVAREZ QUINTERO y Pedro DE REPIDE.



Ayuntamiento de Madrid

## PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se emplea con éxito  
seguro en el reuma-  
tismo articular agudo  
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo  
dentífrico y el más  
económico



Sustituye en bondad  
y es más económico  
que todas las aguas  
minerales usadas  
para las enfermeda-  
des del estómago

Cajas de pastillas  
comprimidas de bi-  
carbonato de sosa á  
0,50 la caja

CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA

Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas

## EDUARDO PELEGRÍ



Dormitorios, Comedores, Re-  
cibimientos y sillerías estilo  
inglés. Muebles de capricho y  
fantasía. Camas de todas  
clases.

Visitad esta casa y veréis la  
baratura de sus precios.

**50, Fuencarral, 50**

al lado de la ermita.

No confundirse

### PARA CASAS DE CAMPO

No hay luz que se asemeje en intensidad, blancu-  
ra y fijeza, á la de incandescencia, por gasolina,  
de la casa Laorden y Compañía, Atocha, 43,  
Madrid.

Es inexplorativa.

No produce humo ni olor.

### Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (proba-  
da durante muchos años) para corregir las alteracio-  
nes del sistema nervioso. Su preparación en píldoras  
facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resis-  
ta á su poder. Recházese toda caja que no sea de  
esta y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.

LEASE BIEN EL PROSPECTO

### PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las  
acredita desde hace más de 15 años como el mejor  
medicamento para la garganta, el más agradable de  
tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen  
opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y  
quitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN VELASCO Y C.

MADRID. Calle de Alcalá, 7, MADRID

### ¿TENEIS CALLOS?

¿Por qué estabas ayer quieto  
Y por qué estás hoy bailando?  
¡Es porque me estoy curando  
Con el GALLICIDA GUETO!

Frasco con pincel, 0,75 céntimos

VILLEGAS: Plaza del Angel, 16

y en todas las buenas farmacias



COMPRIMIDOS ALIMENTICIOS

# ORTEGA

A BASE DE CARNE DIGERIDA DE VACA

PREPARADO REGENERADOR Y ASIMILABLE

Muy útil para personas sanas ó enfermas que necesitan tomar alimentos fácilmente digestibles y nutritivos con frecuencia ó á deshora (excursiones, viajes, sports, etc.).

Cada comprimido equivale á diez gramos de carne de vaca.

Caja con 48 comprimidos: 3,50 pesetas

## ORTEGA :: MADRID

Laboratorio - Fábrica:

Puente de Vallecas

Farmacia:

Calle del León, 13